

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalerunt*

Año LI, número 38 (2.634)

Ciudad del Vaticano

20 de septiembre de 2019

Del 19 al 26
de noviembre

Francisco viaja a Tailandia y Japón

«**D**iscípulos de Cristo, discípulos misioneros» y «Proteger cada vida» son los lemas elegidos para el próximo viaje apostólico durante el que el Papa Francisco visitará el Reino de Tailandia y Japón, del 19 al 26 de noviembre. Ambos lemas se insertan en los respectivos logotipos que marcarán las dos visitas. En la imagen escogida para Tailandia se combina la frase programática, junto con la referencia al 350 aniversario de la fundación del Vicariato Apostólico de Siam, con una foto del



Papa Francisco y una serie de elementos gráficos: una barca, símbolo de la evangelización, coronada por una cruz que sirve de árbol con tres velas que recuerdan a la Trinidad. La barca está sostenida por la mano de la Virgen María y una cruz dorada se erige como una exhortación a la Iglesia tailandesa a ser testigo del Evangelio que se representa, en la base, con la imagen estilizada de un libro abierto. En el logotipo de Japón, tres llamas que se cruzan —una roja para recordar a los mártires, una azul para representar a la Virgen María y, por último, una verde para recordar a la naturaleza y la misión de proclamar el Evangelio de la esperanza— están rodeadas por un círculo rojo, una imagen del sol que, como el amor, envuelve toda la vida. Y «proteger cada vida», frase tomada de la «Oración por nuestra tierra» al final de la encíclica *Laudato si'*, se encuentra en la base del logotipo junto a la silueta del Pontífice.

Los mártires dan su vida no se esconden siendo cristianos



Orar



San Pablo pide orar "por todos los que están en el poder" (1 Tim 2,2). Debemos aprender a hacerlo, incluso por los políticos que no apoyan nuestras ideas. El cristiano debe orar por todos los gobernantes, para que trabajen por el bien común. #SantaMarta

(@pontifex_es, 16 de septiembre, 13:30)

Dios nos espera



Dios nos espera: no se cansa, no se desanima. Porque somos nosotros, cada uno de nosotros el hijo vuelto a abrazar, esa moneda encontrada, esa oveja acariada y puesta sobre sus hombros (cf. Lc 15, 1-32). #Angelus

(@pontifex_es, 15 de septiembre, 13:30)

Amistad con Dios



El discípulo de Jesús, si quiere crecer en su amistad, no debe lamentarse y mirarse a sí mismo. Debe actuar y esforzarse, seguro de que el Señor lo apoya y lo acompaña

(@pontifex_es, 13 de septiembre, 13:30)

María



Hoy celebramos la Memoria del Santísimo Nombre de María. Invito a todos a mirar a la Virgen y a dejar que nos inspire sentimientos cristianos, para vivir cada vez más como su Hijo Jesús

(@pontifex_es, 12 de septiembre, 13:30)

La semana del Papa

A la Comunidad de Abraham

El Papa Francisco recibió en audiencia el sábado 14 de septiembre a la Comunidad de Abraham, con ocasión de 30º aniversario de su fundación. Ante ellos propuso el ejemplo del patriarca Abraham, «nuestro padre en la fe» y señaló que «lo importante» es «escuchar» la voz del Señor. «Para poder percibir su palabra, es necesario el silencio de la escucha», dijo el Pontífice y agregó: «Vosotros sois, diría yo, bastante ruidosos cuando estáis juntos, pero el buen ruido, el ruido del Espíritu Santo, viene del silencio de la escucha. Si no hay silencio de escucha, el ruido no es un ruido «ungido» por el poder del Espíritu Santo [...] Os deseo que sepáis encontrar siempre momentos de verdadero silencio en vuestras vidas; este es el secreto para poder escuchar a Dios que habla: el silencio».

Recordando que la fe de Abraham lo llevó a dejar su tierra y su hogar «para ir a un lugar que no conocía, pero que estaba garantizado por la promesa de Dios», el Papa apuntó que «para ser evangelizadores hay que confiar en Dios y estar dispuestos a partir, a salir, pero no sólo una vez, sino a asumir un estilo de «éxodo»». Y agregó: «Es importante salir al encuentro de los que el Señor pone en nuestro camino». En su discurso, Francisco también hizo alusión a la primera carta de Pedro, que dirigiéndose a comunidades de jóvenes temerosos de expresar su propia fe, los incitaba a hablar de la esperanza recibida por Cristo con mansedumbre, respeto y una conciencia recta, para indicarla como una metodología en la obra de evangelización. «La mansedumbre que el Espíritu Santo nos da nos hace testigos, porque el camino del Espíritu Santo no es el proselitismo, es el testimonio. Si alguien viene a hacer proselitismo no es Iglesia, es secta», dijo Francisco y agregó: «Necesitamos caminar juntos con la gente de nuestro tiempo, escuchar lo que llevan en sus corazones, ofrecerles, con nuestras vidas, la respuesta más creíble, es decir, la que viene de Dios, a través de Jesucristo. Siempre es bueno para mí escuchar los consejos que San Francisco de Asís da-

ba a los frailes cuando los mandaba a evangelizar: «Id, anunciad el Evangelio, si es necesario, también con palabras». Primero con el testimonio, luego te preguntan: «¿Por qué eres así?». Y entonces es el momento de hablar». Entre los 700 miembros de la Comunidad de Abraham recibidos por el Papa se encontraban peregrinos de Italia, España, Ucrania, Hungría y SUIZA.

A la radiotelevisión italiana

Con ocasión del 40º aniversario de los informativos regionales de la Radio y televisión pública italiana, RAI, el Papa Francisco recibió en audiencia, el día 16 de septiembre, a una delegación de periodistas de este medio y los invitó a continuar ofreciendo un servicio «que no olvida las lenguas y culturas de las minorías».

«Como he dicho en varias ocasiones, hay una globalización perjudicial y una globalización buena; la globalización no es mala en sí misma; por el contrario, la tendencia a la globalización es buena, porque nos une, nos puede ayudar a ser miembros unos de otros. Lo que puede ser perjudicial es cómo se aplica», señaló Francisco y agregó: «En efecto, si la globalización pretende uniformar a todos, mortifica la riqueza y la particularidad de cada pueblo, tiende a uniformar todo y a todos, en lugar de valorar las diversidades, las peculiaridades, las culturas, las historias y las tradiciones. Si, por el contrario, la globalización busca unir a todos respetando a las personas, a los grupos sociales y a los pueblos en sus riquezas y peculiaridades, entonces esa globalización es buena, porque nos hace crecer juntos». El Papa también habló de la información local, que «no debe considerarse "menor" que la información nacional» y subrayó: «por el contrario, diría que es la más genuina y la más auténtica del mundo de los medios de comunicación, ya que no responde a las exigencias del beneficio o de los mensajes que hay que comunicar, sino que está llamada a transmitir sólo la voz del pueblo, en todos sus aspectos y en los distintos momentos de la vida social, cultural y espiritual, y tiene una tarea igualmente impor-

tante en la valorización de las realidades y de las culturas locales, sin las cuales no existiría ni siquiera la unidad de la nación».

Ferrocarriles sostenibles y solidarios

Francisco recibió el día 16 de septiembre a los directivos y empleados del Grupo de los Ferrocarriles Estatales italianos, que celebran la primera década de la Alta Velocidad en Italia. Francisco les agradeció su servicio al bien común y expresó su deseo de que los ferrocarriles italianos tengan siempre tres cualidades: «que puedan ser cada vez más atractivos, sostenibles y solidarios». El Pontífice pidió que sean capaces de atraer inversiones, mejorar la calidad, fomentar los intercambios comerciales y generar nuevas realidades empresariales. «Que el transporte ferroviario sea cada vez más sostenible, «tanto porque sea económico para el mundo de las empresas como para los ciudadanos, y porque respete el territorio que atraviesa y las comunidades a las que afecta». Y que también sea sostenible desde el punto de vista medioambiental. Por último, Francisco animó a que los Ferrocarriles sean cada vez más solidarios: que «favorezcan a las familias y den facilidades a los que más las necesitan, debido a su edad avanzada, a sus limitaciones físicas o a sus bajos ingresos». Y agregó: «Que sean también solidarios por su difusión efectiva y por la calidad de los servicios que ofrecen en los distintos ámbitos y en los distintos tipos de trenes. La red ferroviaria, de hecho, es la encargada de conectar y mantener vivas las diferentes zonas del país, incluso las más remotas, como hacen las venas y los capilares, que llevan vida a los miembros más alejados del corazón». El Papa alentó que los ferrocarriles «se preocupen de que ningún centro quede excluido y, por lo tanto, marginado y empobrecido». Asimismo pidió que «quienes viajan en trenes considerados secundarios no tengan que enfrentarse cada día a la fatiga del hacinamiento o a las difíciles condiciones ambientales de los vagones».

Ángelus

La oración del Pontífice



El Papa expresó satisfacción por el intercambio de prisioneros entre la Federación Rusa y Ucrania que se produjo la semana pasada y aseguró su oración «por un final rápido del conflicto y por la paz duradera». Lo hizo al finalizar el Angelus del 15 de septiembre en la plaza de San Pedro, después de haber comentado la parábola del hijo pródigo (Lucas 15, 1-32) propuesta por la liturgia dominical.

Por una paz duradera en Ucrania oriental

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy (*Lucas 15, 1-32*) comienza con algunos que critican a Jesús, lo ven en compañía de publicanos y pecadores, y dicen con indignación: «Este acoge a los pecadores y come con ellos» (v. 2). Esta frase se revela en realidad como un anuncio maravilloso. Jesús acoge a los pecadores y come con ellos. Esto es lo que sucede en cada Misa, en cada iglesia: Jesús se alegra de acogernos en su mesa, donde se ofrece por nosotros. Esta es la frase que podríamos escribir en las puertas de nuestras iglesias: «Aquí Jesús acoge a los pecadores y los invita a su mesa». Y el Señor, respondiendo a los que le criticaban, cuenta tres parábolas maravillosas, que muestran su predilección por los que se sienten lejos de él.

En la primera dice: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió?» (v. 4) ¿Quién de vosotros? Una persona de sentido común no lo hace: hace unas cuentas y sacrifica una para mantener las noventa y nueve. Dios, en cambio, no se resigna. Tú estás en su corazón, tú que todavía no conoces la belleza de su amor, tú que todavía no has aceptado a Jesús en el centro de tu vida, tú que no puedes vencer tu pecado. En la segunda parábola, tú eres esa pequeña moneda que el Señor no se resigna a perder y busca incansablemente: quiere decirte que eres precioso a sus ojos, único. Nadie puede reemplazarte en el corazón de Dios. Y en la tercera parábola Dios es el padre que espera el regreso del hijo pródigo: Dios siempre nos espera, no se cansa, no se desanima. Porque somos nosotros, cada uno de nosotros, ese hijo en brazos, esa moneda encontrada, esa oveja que acaricia y pone sobre sus hombros. Cada día espera que nos demos cuenta de su amor. Y tú dices: «¡Pero he hecho demasiadas cosas!». No tengas miedo: Dios te ama y sabe que sólo Su amor puede cambiar tu vida. Pero este amor infinito de Dios para con nosotros pecadores, que es el corazón del Evangelio, puede ser rechazado. Es lo que hace el hijo mayor de la parábola. Tiene en mente más a un maestro que a un padre. Este es también un riesgo para nosotros: creer en un dios que es más estricto que misericordioso, un dios que derrota al mal con poder en vez de con perdón. No, Dios salva con amor, no con fuerza; proponiéndose, no imponiéndose. Pero el hijo mayor, que no acepta la

misericordia de su padre, comete un gran error: se considera justo y juzga todo sobre la base de su justicia. Así que se enoja con su hermano y reprocha a su padre: «ahora que ha venido ese hijo tuyo, has matado para él el novillo cebado» (v. 30). Ese hijo tuyo; no lo llama mi hermano, sino tu hijo. También cometemos errores cuando creemos que tenemos razón, cuando pensamos que los malos son los otros. No nos creamos buenos, porque solos, sin la ayuda de Dios, que es bueno, no sabemos cómo vencer al mal. ¿Cómo se vence al mal? Aceptando el perdón de Dios. Sucede cada vez que nos confesamos: allí recibimos el amor del Padre que vence nuestro pecado: ya no está allí, Dios se olvida de él. No como nosotros, que después de decir «No pasa nada», a la primera oportunidad nos acordamos con intereses de los males que hemos sufrido. No, Dios borra el mal, nos renueva en nosotros

así hace renacer la alegría en nosotros. Coraje, con Dios ningún pecado tiene la última palabra. La Virgen, que libera de los nudos de la vida, nos libera de la pretensión de creernos justos y nos hace sentir la necesidad de ir al Señor, que nos espera para perdonarnos.

Al finalizar el Angelus, después de la oración por la paz en Ucrania oriental, el Papa Francisco recordó las beatificaciones de Benedetta Bianchi Porro y del padre Richard Henkes. Después saludó a algunos de los grupos de peregrinos presentes en la plaza.

Queridos hermanos y hermanas:

La semana pasada tuvo lugar el tan esperado intercambio de prisioneros entre la Federación de Rusia y Ucrania. Me alegro por las personas liberadas, que han podido volver a abrazar a sus seres queridos, y sigo rezando por un final rápido del conflicto y para que haya una paz duradera en Ucrania oriental.

Ayer en Forlì fue proclamada Beata Benedetta Bianchi Porro, fallecida en 1964 a la edad de 28 años. Toda su vida estuvo marcada por la enfermedad, y el Señor le dio la gracia de acompañarla, de convertirla en un luminoso testimonio de fe y de amor. Y hoy en Limburgo (Alemania) se proclama al Beato Padre Richard Henkes, sacerdote palotino, asesinado por odio a la fe en Dachau en 1945. ¡Un aplauso para los nuevos beatos!

Os saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos provenientes de diferentes países: familias, grupos parroquiales, asociaciones.

Saludo a los fieles de Honduras y Bolivia; a los jóvenes empresarios africanos comprometidos a trabajar juntos *-harambe-* por el futuro de África; y a los peregrinos que han venido con coches eléctricos desde Polonia.

Saludo a los militares reunidos en memoria del Siervo de Dios Padre Gianfranco Chiti; a las Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor; a los fieles de Montecchio Emilia con amigos venezolanos; y a los confirmados de Crotona. Saludo al grupo de UNITALSI y bendigo la gran peregrinación nacional a Lourdes que tendrá lugar en los próximos días.

Os deseo a todos un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Que tengáis un buen almuerzo y hasta la vista!



«Los particularismos que se convierten en populismos y quieren mandar y uniformar todo» son «un peligro de este tiempo de nuestra civilización». Sobre esto advirtió el Papa Francisco dirigiéndose a los obispos católicos orientales presentes en Europa recibidos en audiencia en la Sala del Consistorio el sábado por la mañana, 14 de septiembre, en la conclusión del encuentro organizado por el Consejo de las conferencias episcopales de Europa (CCEE), que se abrió en Roma el jueves 12.

Eminencias, Beatitudes, queridos hermanos en el episcopado:

Agradezco al cardenal Bagnasco las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre, y me complace daros la bienvenida al término de los días que os han visto reunidos como todos los años, esta vez en Roma. Vuestro encuentro, organizado bajo los auspicios de las Conferencias Episcopales de Europa, nos muestra la riqueza ritual de la Iglesia Católica en el continente, no limitada a la tradición latina. Entre vosotros veo a muchos representantes de diferentes Iglesias de tradición bizantina, muchos de ellos de la querida Ucrania, pero también de Oriente Medio, de la India y de otras regiones, que han encontrado acogida en los países europeos. Como afirma el

yo a su plena realización, por ejemplo, protegiéndola de la tentación de encerrarse en sí misma y de caer en particularismos nacionales o étnicos excluyentes. Y este es un peligro de este tiempo de nuestra civilización: los particularismos que se convierten en populismos y quieren mandar y uniformar todo.

Es precisamente la intercesión de los beatos y santos mártires, que experimentan la comunión perfecta en el cielo, lo que nos impulsa a emprender un camino constante de purificación de la memoria eclesial y a aspirar a una unidad cada vez mayor con todos los creyentes en Cristo. Para que «todos sean uno» (Juan 17, 21): este es el ardiente deseo que Jesús, durante su pasión, llevó en su corazón, luego desgarrado por todos en la cruz. El Concilio Ecueménico Vaticano II y el Código de los Cánones de las Iglesias Orientales nos recuerdan también que vosotros sois los custodios de una misión específica en el camino ecuménico. Y en estos días habéis reflexionado precisamente sobre el significado de vuestra misión ecuménica hoy.

Hoy, mientras demasiadas desigualdades y divisiones amenazan la paz, sintámonos llamados a ser artesanos del diálogo, promotores de la reconciliación, pacientes constructores de una civilización del encuentro, que preserve nuestro tiempo de la incivildad del enfrentamiento.

común, redescubrimos, en el corazón de nuestra catolicidad, el antiguo significado atribuido a la Sede romana, llamada a «presidir a la caridad de toda la Iglesia» (S. Ignacio Ant., *Carta a los Romanos*, prólogo). Y al obispo de Roma como al servus servorum Dei.

Vivir plenamente vuestras tradiciones eclesiales os lleva a recurrir a las mismas fuentes de espiritualidad, liturgia y teología que las Iglesias ortodoxas. ¡Es hermoso ser testigos juntos de tan grandes riquezas! También en el campo académico es posible promover programas comunes de estudio e intercambio cultural, involucrando especialmente a sacerdotes jóvenes para que puedan formarse con una mente abierta. Sobre todo y en todo, ayudémonos a vivir la caridad hacia todos. No conoce ni territorios canónicos ni jurisdicciones. Me duele cuando veo, también en los católicos, una lucha por las jurisdicciones. Por favor... La caridad, como nos recuerda el apóstol Pablo, que dio su vida en esta ciudad, siempre tiene la primacía y no terminará nunca (cf. 1 Corintios 13). Cuando nos inclinamos juntos sobre nuestro hermano que sufre, cuando nos acercamos a los que sufren la soledad y la pobreza, cuando ponemos en el centro a los marginados, como los niños que no ven la luz, los jóvenes sin esperanza, las familias tentadas a desintegrarse, los enfermos o los ancianos descartados, ya caminamos juntos en la caridad que sana las divisiones. Como nos recuerda el apóstol Pablo, que dio su vida en esta ciudad, siempre tiene el primado y nunca terminará (cf. 1 Corintios 13). Cuando nos inclinamos juntos sobre nuestro hermano que sufre, cuando nos acercamos a los que sufren la soledad y la pobreza, cuando ponemos en el centro a los marginados, como los niños que no ven la luz, los jóvenes sin esperanza, las familias tentadas a desintegrarse, los enfermos o los ancianos descartados, ya caminamos juntos en la caridad que sana las divisiones.

El Papa a los obispos orientales católicos presentes en Europa

Cuando se convierten en populismos los particularismos son un peligro

Concilio Vaticano II, «la variedad en la Iglesia no sólo no daña a su unidad, sino que más bien la explicita» (*Orientalium Ecclesiarum*, 2). La unidad de los cristianos, en efecto, no es uniformidad. La uniformidad es la destrucción de la unidad; y la verdad cristiana no es monocorde, sino «sinfónica», si no, no vendría del Espíritu Santo.

Hace unos meses, durante mi viaje apostólico a Rumania, presidí la beatificación de siete obispos mártires de la Iglesia greco-católica rumana. Fue una ocasión para mostraros el agradecimiento de toda la Iglesia católica y del Sucesor de Pedro por el testimonio de fidelidad a la comunión con el Obispo de Roma, ofrecido varias veces en la historia, a veces hasta el derramamiento de sangre. Esta fidelidad es una piedra preciosa de nuestro patrimonio de fe, un signo distintivo indeleble, como nos recuerda uno de los mártires rumanos cuando, frente a quienes le pedían que abjurara de su comunión católica, dijo: «mi fe es mi vida». La comunión católica forma parte de vuestra identidad particular, pero no le quita nada, sino que contribu-

Mientras muchos son absorbidos por la espiral de la violencia, por el círculo vicioso de las reivindicaciones y acusaciones mutuas, el Señor quiere que seamos los míticos sembradores del Evangelio del amor. En la familia cristiana, sed los que, mirando al «Dios de todo consuelo» (2 Corintios 1, 3), se comprometen a curar las heridas del pasado, a superar los prejuicios y las divisiones, a dar esperanza a todos caminando codo con codo con hermanos y hermanas no católicos. Con ellos tuve la gracia de compartir varios momentos intensos: pienso en la oración por la paz en Tierra Santa, en los Jardines Vaticanos, en el encuentro con los refugiados en la isla de Lesbos, en el diálogo por la paz en Oriente Medio en Bari, precedido por la oración común en el signo de San Nicolás y de la Santa Madre de Dios «que muestra el camino». Siento que el camino que se nos indica desde arriba está hecho de oración, humildad y caridad, no de reivindicaciones locales, ni siquiera tradicionalistas, no. El camino es oración, humildad y caridad. Caminando juntos, haciendo algo juntos por los demás y por nuestra casa

Entonces nos preparamos para vivir juntos en el único Cielo al que somos llamados. Allí el Señor no nos pedirá cuentas de cuáles y cuántos territorios han permanecido bajo nuestra jurisdicción, ni de cómo hemos contribuido al desarrollo de nuestras identidades nacionales. Nos preguntará cuánto hemos sido capaces de amar a nuestro prójimo, a cada prójimo, y de proclamar el Evangelio de la salvación a los que hemos encontrado en los caminos de la vida. Pidamos la gracia de desecharlo. Porque sólo amando se encuentra la alegría y se difunde la esperanza. Amando es cómo esas realidades secundarias a las que todavía estamos apegados también al dinero, que es un veneno: el demonio, entra por los bolsillos, ¡no lo olvidéis! pasan a un segundo plano, y las únicas que quedan para siempre pasan al primer plano: Dios y nuestro prójimo. ánimo, queridos hermanos, avanzad en el espíritu de comunión! Os aseguro mi recuerdo constante, estáis en mi corazón. Y os pido, por favor, que recéis por mí porque lo necesito. Gracias.



Carta de Francisco al patriarca Bartolomé

Nuevos pasos valientes hacia la plena comunión



El camino hacia la «plena comunión» de los cristianos «requiere mayor compromiso y nuevos pasos valientes por nuestra parte», escribió Francisco en una carta enviada al patriarca Bartolomé, Patriarca ecuménico de Constantinopla, con motivo del regalo de algunas reliquias del apóstol Pedro, que el pasado 29 de junio fue entregado a la delegación del Patriarcado ecuménico que acudió a Roma para las celebraciones de la solemnidad de los santos Patronos. La mañana del martes 17 de septiembre, el Papa Francisco recibió en audiencia a Su Santidad Bartolomé, acompañado por su séquito. Durante esta semana, el Patriarca ha participado en una serie de encuentros en Italia.

Santidad, querido Hermano:

Con profundo afecto y cercanía espiritual, le envío mis cordiales deseos de gracia y de paz en el amor del Señor Resucitado. En las últimas semanas, he pensado a menudo en escribirle para explicarle con más detalle el don de algunos fragmentos de las reliquias del apóstol Pedro que ofrecí a Su Santidad a través de la distinguida delegación del Patriarcado Ecuménico encabezada por el arzobispo Job de Telmessos, que participó en la fiesta patronal de la Iglesia de Roma.

Santidad, usted sabe bien que la tradición ininterrumpida de la Iglesia Romana siempre ha testificado que el apóstol Pedro, después de su martirio en el Circo de Nerón, fue enterrado en la necrópolis adyacente de la Colina del Vaticano. Su tumba pronto se convirtió en meta de peregrinación para los fieles de todas partes del mundo cristiano. Más tarde, el emperador Constantino hizo erigir la Basílica Vaticana dedicada a San Pedro en el lugar de la tumba del apóstol.

En junio de 1939, inmediatamente después de su elección, mi predecesor, Pío XII, decidió comenzar las excavaciones bajo la Basílica Vaticana. La obra condujo inicialmente al descubrimiento del lugar exacto de la sepultura del Apóstol y luego, en 1952, al descubrimiento, bajo el altar mayor de la Basílica, de una hornacina funeraria junto a una pared roja que data del año 150 y que está cubierta de numerosos y preciosos graffiti, entre ellos uno de importancia fundamental que dice, en griego, Πετρός ἔστιν. Este nicho contenía huesos que pueden considerarse razonablemente los del apóstol Pedro. De estas reliquias, que ahora se conservan en la Necrópolis bajo la basílica de San Pedro, el santo Papa Pablo VI quiso conservar nueve fragmentos para la capilla privada del apartamento papal del Palacio Apostólico. Estos nueve fragmentos fueron colocados en un relicario de bronce con la inscripción *Ex ossibus quae in Archibasilicae Vaticanae hypogeo inventa Beati Petri apostoli esse putantur*: "Huesos encontrados en la tierra bajo la Basílica Vaticana, que se cree que son los huesos de San Pedro Apóstol". Es precisamente este relicario que contiene los nueve fragmentos de los huesos del Apóstol el que he querido entregar a Su Santidad y a la amada Iglesia de Constantinopla que Usted preside con tanta devoción.

Mientras reflexionaba sobre nuestra mutua determinación de avanzar juntos hacia la plena comunión, y mientras daba gracias a Dios por los progresos realizados hasta ahora, desde que —hace más de 50 años— nuestros venerables predecesores se reunieron en Jerusalén, recordé el regalo que el patriarca Atenágoras hizo al Papa Pablo VI: un icono que representaba a los dos hermanos Pedro y Andrés mientras se abrazaban, unidos en la fe y en el amor a su común Señor. Este icono, que por voluntad del Papa Pablo VI se expone ahora en el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, se ha convertido para nosotros en un signo profético de la restauración de esa comunión visible entre nuestras Iglesias a la que aspiramos y por la que oramos y trabajamos fervientemente. Por lo tanto, en la paz que viene de la oración, sentí que tendría un significado importante que algunos fragmentos de las reliquias del apóstol Pedro fueran colocados junto a las reliquias del apóstol Andrés, que es venerado como el patrono celestial de la Iglesia de Constantinopla. Creo que este pensamiento me venga del Espíritu Santo, que de tantas maneras urge a los cristianos a redescubrir la plena comunión por la que Nuestro Señor Jesucristo había orado en vísperas de su gloriosa Pasión (cf. *Juan 17, 21*). Este gesto quiere ser una confirmación del camino que nuestras Iglesias han emprendido para acercarse unas a otras: un camino que a veces es exigente y difícil, pero que va acompañado de claros signos de la gracia de Dios. Continuar este camino requiere sobre todo una conversión espiritual y una renovada fidelidad al Señor, que quiere de nosotros un mayor compromiso y pasos nuevos y valientes. Las dificultades y los desacuerdos —ahora y en el futuro— no deben distraernos de nuestro deber y responsabilidad como cristianos, y en particular como pastores de la Iglesia, ante Dios y ante la historia.

La reunificación de las reliquias de los dos apóstoles puede ser también un recordatorio y un estímulo constante para que, en este camino en curso, nuestras diferencias no sean ya un obstáculo a nuestro testimonio común y a nuestra misión evangelizadora al servicio de la familia humana, que hoy está tentada de construir un futuro puramente mundano, un futuro sin Dios. Santidad, amado hermano, es de gran consuelo para mí compartir estos pensamientos con Usted. Con la esperanza de volver a encontrarle lo antes posible, le pido que rece por mí y me bendiga, mientras intercambio con Su Santidad un abrazo fraterno de paz.

Vaticano, 30 de agosto de 2019

FRANCISCO

Paz sin fronteras

Mensaje del Papa Francisco con ocasión de la apertura del xxxiii Encuentro Internacional de Oración por la Paz

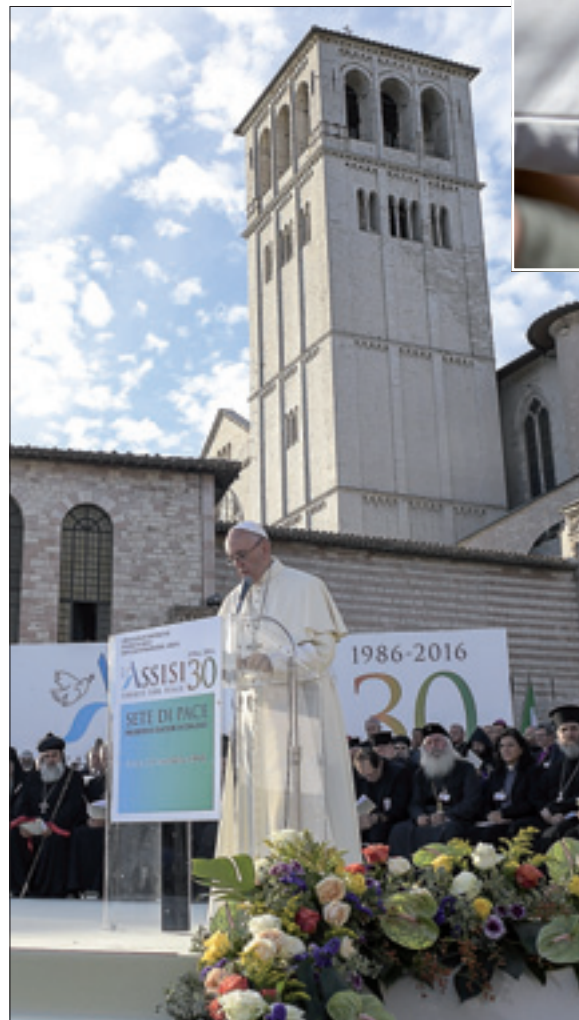
Publicamos a continuación el Mensaje que el Santo Padre Francisco envía a Su Eminencia el Card. Carlos Osoro Sierra, Arzobispo de Madrid, y a los participantes en el xxxiii Encuentro Internacional de Oración por la Paz en el Espíritu de Asís, promovido por la Comunidad de San Egidio en colaboración con la Archidiócesis de Madrid, que se celebra en Madrid, del 15 al 17 de septiembre, sobre el tema "Paz sin fronteras".

A Su Eminencia Cardenal
Carlos OSORO SIERRA
Arzobispo de Madrid
y a los participantes en el
Encuentro de Oración por la Paz
"Paz sin fronteras"
Madrid, 15-17 de septiembre de 2019

Saludo con alegría y reconocimiento al Cardenal Carlos Osoro Sierra, Arzobispo de Madrid y a todos vosotros, representantes de las Iglesias y las comunidades cristianas y de las Religiones mundiales reunidas en Madrid para el xxxiii Encuentro de Oración por la Paz, organizado conjuntamente por la Comunidad de San Egidio y la Archidiócesis de Madrid. Es motivo de alegría ver que esta peregrinación de paz que comenzó después de la Jornada Mundial de Oración por la Paz, convocada en Asís en octubre de 1986 por san Juan Pablo II, nunca se ha interrumpido sino que continúa y crece en número de participantes y en frutos de bien. Es una peregrinación que ha recorrido pueblos y ciudades para dar testimonio en todas partes de la fuerza de ese espíritu de Asís que es oración a Dios y promoción de la paz entre los pueblos.

Este año su itinerario llega a Madrid, para reflexionar sobre el tema «Paz sin fronteras». La mente vuela al pasado, cuando hace treinta años, en el corazón de Europa, cayó el Muro de Berlín y se puso fin a esa lacerante división del continente que causó tanto sufrimiento. Desde Berlín a toda Europa del Este se encendieron ese día nuevas esperanzas de paz, que se extendieron por todo el mundo. Fue la oración por la paz de tantos hijos e hijas de Dios la que contribuyó a acelerar esa caída. Además, la historia bíblica de Jericó nos recuerda que los muros caen cuando son "asediados" con la oración y no con las armas, con los anhelos de paz y no de conquista, cuando soñamos con un futuro bueno para todos. Por eso es necesario rezar siempre y dialogar en la perspectiva de la paz: ¡los frutos vendrán! No tengamos miedo, porque el Señor escucha la oración de su pueblo fiel.

Por desgracia, en estas dos primeras décadas del siglo XXI hemos presenciado, con gran tristeza, el desperdicio de ese don de Dios que es la paz, dilapidado con nuevas guerras y la construcción de nuevos muros y barreras. Después de todo, sabemos bien que la paz ha de aumentar si cesar de generación en generación, con el diálogo, el encuentro y la negociación. Si se busca el bien de los pueblos y del mundo, es insensato cerrar espacios, separar a los pueblos, o más aún, enfrentar a unos con otros, negar hospitalidad a quien lo necesita. De esta manera, el mundo se "rompe", utilizando la misma violencia con la que se arruina el medio ambiente y se daña la casa común, y pide en cambio amor, cuidado, respeto, igual que la humanidad invoca la paz y la fraternidad. La casa común no soporta muros que separen y enfrenten a los que viven allí. En cambio, necesita puertas abiertas que ayuden a comunicarse, a encontrarse, a cooperar para vivir juntos en paz, respetando la diversidad y reforzando los vínculos de responsabilidad. La paz es como una casa con muchas estancias en la que todos estamos llamados a habitar. La paz no tiene fronteras. Siempre, sin excepción. Tal era el deseo de san Juan XXIII cuando, en un momento difícil, quiso dirigir su palabra a todos los creyentes y hombres de buena voluntad invocando la "paz en todas las tierras".



Distinguidos representantes de las Iglesias y Comunidades cristianas, y de las grandes Religiones del mundo, con este saludo mío quiero decirles que estoy a vuestro lado en estos días y que con vosotros pido la paz al Único que nos la puede dar. En la tradición de estos Encuentros Internacionales de Oración por la Paz —como el de Asís en 2016, en el que también yo participé—, la oración que sube hasta Dios ocupa el lugar más importante y decisivo. Nos une a todos en un sentimiento común, sin ninguna confusión. ¡Cercanos, pero no confundidos! Porque el anhelo de paz es común, en la variedad de experiencias y tradiciones religiosas.

Como creyentes somos conscientes de que la oración es la raíz de la paz. Quien la practica es amigo de Dios, como lo fue Abraham, modelo de hombre de fe y esperanza. La oración por la paz, en este tiempo marcado por tantos conflictos y violencia, nos une aún más a todos, más allá de las diferencias, en el compromiso común por un mundo más fraterno. Sabemos bien que la fraternidad entre los creyentes, además de ser una barrera para las enemistades y las guerras, es fermento de fraternidad entre los pueblos. En este sentido, firmé en febrero del año pasado, en Abu Dhabi, junto con el Gran Imán de Al-Azhar, el "Documento sobre la Fraternidad Humana por la paz mundial y la convivencia común": un paso importante en el camino hacia la paz mundial. Juntos dijimos que «las religiones no incitan nunca a la guerra y no instan a sentimientos de odio, hostilidad, extremismo, ni invitan a la violencia o al derramamiento de sangre». Deseo también confiar los propósitos de ese Documento a todos vosotros que participáis en este Encuentro de Oración por la Paz. El espíritu de Asís, 800 años después del encuentro de san Francisco con el Sultán, también inspiró el trabajo que nos llevó al acto de Abu Dhabi.

Estamos viviendo un momento difícil para el mundo. Todos debemos unirnos —diría que con un mismo corazón y una misma voz—, para gritar que la paz no tiene fronteras. Un grito que surge de nuestro corazón. Es de allí, en efecto, desde los corazones, de donde debemos erradicar las fronteras que dividen y enfrentan; y es en los corazones donde se deben sembrar sentimientos de paz y fraternidad.

Distinguidos representantes de las Iglesias y Comunidades cristianas y de las grandes Religiones del mundo, hombres y mujeres de buena voluntad que participáis en este Encuentro, la gran tarea de la paz también ha sido puesta en nuestras manos. Que el Dios de la paz nos dé abundancia de sabiduría, audacia, generosidad y perseverancia.

Vaticano, 13 de septiembre de 2019

FRANCISCO



Visita al Sagrario de las Fiestas andrinas 02-11-2017

El Papa Francisco en Asís: Oración por la paz, 20-09-2016



Audiencia al capítulo general de los Agustinos

Volver a Dios para superar los escándalos

La invitación a «hacer juntos la experiencia de Dios» para «poder mostrarlo vivo al mundo» y superar así dificultades y escándalos fue dirigida por el Papa a los participantes en el capítulo general de la orden de San Agustín, recibidos en audiencia la mañana del viernes 13 de septiembre en la Sala Clementina. «San Agustín,

escribiendo a san Jerónimo, expresaba así su propia experiencia de comunidad: «Confieso que me resulta aún más natural abandonarme enteramente al afecto de tales personas, sobre todo cuando estoy oprimido por los escándalos del mundo: en sus corazones encuentro descanso sin preocupaciones, convencido de que hay Dios en él» (*Cartas* 73, 10).

Y frente a los escándalos de la Iglesia y también a los escándalos de vuestra familia, la paz va por este camino. Volved a apuntar hacia ello... Y los escándalos se derrumban, solos, porque demuestran que no hay otro camino, este es el camino», señaló Francisco en su discurso. Y agregó: «A menudo es bueno volver a aquella meditación que

Agustín dio a sus fieles, sobre la Primera Carta de Juan, donde la Iglesia es llamada por él «*mater caritas*», una madre que llora por la división de los hijos y llama y recuerda la unidad de la caridad: «Si quieres saber si has recibido el Espíritu, interroga a tu corazón para no correr el riesgo de tener el sacramento, pero no el efecto de él. Pregúntale a tu corazón y si allí hay caridad hacia tu hermano, queda tranquilo. No puede haber amor sin el Espíritu de Dios, porque Pablo grita: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»».

El Pontífice se refirió también a las comunidades de personas consagradas, en las que «se quiere vivir la experiencia de Dios desde una interioridad y en comunión» y recordó que «la unidad en la caridad es un punto central en la experiencia y espiritualidad de san Agustín y un fundamento de toda la vida agustiniana». Francisco también señaló que «mantener viva esta llama de caridad fraterna» no sería posible «sin el «in Deum» de la Regla de los Agustinos: «*Primum, propter quod in unum estis congregati, ut unanimes habitetis in domo et sit vobis anima una et cor unum in Deum*»» (n. 3). Es decir, «orientados hacia Dios».

Consejo de Cardenales

El Consejo de Cardenales se reunió durante tres días, del martes 17 al jueves 19 de septiembre. Como estaba previsto, la actividad de esta reunión del Consejo se centró en la relectura y modificación del borrador de la nueva Constitución Apostólica sobre la base de las numerosas contribuciones recibidas de las Conferencias Episcopales, las observaciones precisas de los dicasterios de la Curia Romana y las sugerencias formuladas por los organismos interesados.

Estuvieron presentes los siguientes cardenales: cardenal Pietro Parolin, cardenal Oscar Rodríguez Maradiaga, cardenal Reinhard Marx, cardenal Seán Patrick O'Malley, cardenal Giuseppe Bertello y cardenal Oswald Gracias. También estuvieron presentes el Secretario del Consejo, Mons. Marcello Semeraro, y el Secretario Adjunto, Mons. Marco Mellino. El Papa participó en los trabajos, también el jueves, compaginándolos con sus compromisos. El Consejo ha fijado el calendario de reuniones para 2020. La próxima reunión está programada para los días 2, 3 y 4 de diciembre de 2019.

El Pontífice a los Agustinos descalzos

Nunca separarse de las raíces para ser modernos

«Para ser modernos, alguno cree que es necesario separarse de las raíces. Y esta es la ruina, porque las raíces, la tradición, son la garantía del futuro». Lo dijo el Papa en el discurso dirigido a los participantes del capítulo general de los agustinos descalzos, recibidos la mañana del jueves 12 de septiembre en la Sala Clementina. Y agregó: «No es un museo, es la verdadera tradición, y las raíces son la tradición que da la savia para que crezca el árbol, que florezca, que de frutos. Nunca os separéis de las raíces para ser modernos, es un suicidio».

El Pontífice también subrayó que «la oración y la penitencia no dejan de ser las piedras angulares sobre las que se asienta el testimonio cristiano, un testimonio que en algunos contextos va completamente en contra de la corriente, pero que, acompañado de la humildad y de la caridad, sabe hablar al corazón de tantos hombres y mujeres, incluso en nuestro tiempo».

Francisco señaló que la calificación de «descalzos» expresa «la necesidad de pobreza, de desprendimiento, de confianza en la Divina Providencia». Y añadió: «Hay un himno litúrgico, que se usa en la fiesta de San Juan Bautista y dice que la gente iba «con el alma descalza» a ser bautizada: descalza no sólo porque no lleva calzas. El alma descalza, este es el carisma».

El Papa habló de forma espontánea y se refirió a la humildad, «algo que no se puede tocar con la mano: se tiene o no se tiene, es un don». Y recordó una anécdota: «Recuerdo un religioso muy vanidoso, muy vanidoso —esto es histórico— todavía vivo. Sus superiores siempre le decían: «Debe ser más humilde, más humilde...». Y al final dijo: «Haré treinta días de ejercicios para que el Señor me conceda la gracia de la humildad». Y cuando regresó, dijo: «Gracias a Dios. Era muy vanidoso, mucho, pero después de los ejercicios he vencido todas mis pasiones». Había encontrado la humildad. La humildad viene por sí misma. Gracias a Dios, pero viene, no se puede medir».

El Papa también recordó a San Agustín como «una de esas figuras que hacen sentir la fascinación de Dios, que llevan a Jesucristo», y lo definió como «un gigante del pensamiento cristiano» que además recibió de Dios la «vocación y la misión de la fraternidad». Y subrayó: «No se cerró en el horizonte, aunque vasto, de su mente, sino que permaneció abierto al pueblo de Dios y a los hermanos y hermanas que compartían con él la vida comunitaria. Como sacerdote y obispo vivió como un monje, a pesar de sus compromisos pastorales, y a su muerte dejó muchos monasterios masculinos y femeninos».

A la Acción Católica de Venezuela

Anunciar la esperanza y la alegría del Evangelio

Publicamos a continuación el mensaje —datado el 11 de septiembre— que Francisco envió a los participantes del XI Encuentro Nacional de Jóvenes de Acción Católica (ENJAC 2019), que se desarrolló en Maracaibo, Venezuela, del 13 al 15 de septiembre, sobre el tema «No temas, desde ahora serás pescador de hombres» (Lucas 5, 1-11).

A Su Excelencia
Mons. José Luis Azuajeayala
Arzobispo de Maracaibo
Presidente de la Conferencia Episcopal
de Venezuela

Querido hermano:

Con motivo del XI Encuentro Nacional de Jóvenes de Acción Católica, que se realiza en la ciudad de Maracaibo, te pido que hagas llegar mi saludo a todos los participantes, convocados bajo el lema: «Misión con todos y para todos». La misión evangelizadora brota de la adhesión al regalo de la fe en Jesucristo, que recibimos por medio del Bautismo. Este don nos ha sido dado gratuitamente, se vive en el seno de la comunidad eclesial y gratuitamente lo anunciamos y compartimos con los demás. Es decir que lo vivimos en comunión «con todos» y somos enviados «para que llegue a todos», sin excluir a nadie. Los animo a vivir estos días como una ocasión propicia para compartir y renovar juntos la fe y el compromiso apostólico, desde la dinámica de una Iglesia en salida, y que así puedan transmitir con valentía la esperanza y la alegría del Evangelio en cada uno de sus ambientes, teniendo en cuenta especialmente a los más necesitados y descartados de la sociedad. Que Jesús los bendiga, bendiga a sus familias y demás miembros de la Acción Católica de Venezuela, y la Virgen Santa los cuide. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

Fraternalmente,

FRANCISCO

El Papa habla del derecho a volver a empezar ante la Administración penitenciaria italiana

La esperanza no se encierra en una celda

«Si se encierra la esperanza, no hay futuro para la sociedad», resaltó el Papa Francisco en la audiencia ante los miembros de la Administración penitenciaria italiana que tuvo lugar el mediodía del sábado 14 de septiembre en la plaza de San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Os doy la bienvenida y agradezco al Jefe del Departamento de Administración penitenciaria sus palabras.

Os quisiera dirigir tres simples palabras por mi parte. En primer lugar, quiero dar las gracias a la Policía penitenciaria y al personal administrativo. Gracias porque vuestro trabajo es invisible, a menudo difícil e insatisfactorio, pero esencial. Gracias por todas las veces que vivís vuestro servicio no sólo como una vigilancia necesaria, sino como un apoyo a los que son débiles. Sé que no es fácil, pero cuando, además de ser guardianes de la seguridad, sois una presencia cercana para los que han caído en las redes del mal, os convertís en constructores del futuro: sentáis las bases para una coexistencia más respetuosa y, por tanto, para una sociedad más segura. Gracias porque, al hacerlo, os estáis convirtiendo día tras día en tejedores de justicia y esperanza.

Hay un pasaje en el Nuevo Testamento, dirigido a todos los cristianos, que creo que es particularmente adecuado para vosotros: «Acordaos de los presos, como si estuviérais con ellos encarcelados» (*Epístola a los Hebreos* 13,3). Vosotros os encontráis en esta situación, al cruzar el umbral de tantos lugares de dolor cada día, al pasar tanto tiempo entre pabellones, mientras estáis comprometidos a garantizar la seguridad sin faltar nunca al respeto por el ser humano. Por favor, no olvidéis el bien que podéis hacer todos los días. Vuestro comportamiento, vuestras actitudes, vuestras miradas son valiosas. Sois personas que, ante una humanidad herida y a menudo devastada, reconocéis, en nombre del Estado y de la sociedad, su dignidad irreprimible. Por tanto, os doy las gracias no sólo por estar *vigilantes*, sino sobre todo por ser los *guardianes* del pueblo que se os ha confiado, para que, al tomar conciencia del mal que se hace, acojan con beneplácito las perspectivas de renacimiento para el bien de todos. Estáis llamados a ser *puentes* entre la cárcel y la sociedad civil: con vuestro servicio, ejercitando la *justa compasión*, podéis superar los miedos mutuos y la tragedia de la indiferencia.

También me gustaría deciros que no os sintáis desmotivados, incluso ante las tensiones que pueden surgir en los centros de detención. En vuestro trabajo, todo lo que os hace sentir cohesionados es de gran ayuda: en primer lugar el apoyo de vuestras familias, que están cerca de vosotros en vuestras labores. Y luego hay un aliento mutuo, el compartir entre colegas, que nos permite abordar juntos las dificultades y ayuda a superar las deficiencias. Entre ellas, pienso en particular en el

problema del hacinamiento en las cárceles, un grave problema que aumenta en todos los casos la sensación de debilidad y de agotamiento. Cuando las fuerzas disminuyen, la desconfianza aumenta. Es esencial garantizar unas condiciones de vida decentes; de lo contrario, las cárceles se convertirán en vertederos de ira, en lugar de en lugares de rehabilitación.

Una segunda palabra es para los capellanes, los religiosos y los voluntarios: sois los *portadores del Evangelio* entre los muros de las cárceles. Me gustaría deciros: adelante. Adelante, cuando entréis en las situaciones más difíciles con la fuerza de una sonrisa y un corazón que escucha, adelante cuando os carguéis con las cargas de los demás y las llevéis en oración. Adelante cuando, estando en contacto con la pobreza que encontréis, veáis vuestra propia pobreza. Es algo bueno, porque es esencial reconocerse ante todo necesitado de perdón. Entonces vuestras propias miserias se convierten en receptores de la misericordia de Dios; pues desde el perdón nos convertimos en testigos creíbles del perdón de

Por último, una tercera palabra, que me gustaría dirigir a los prisioneros. Es la palabra *valor*. Jesús mismo os lo dice: "Valor". El valor viene del corazón. Animo, porque estáis en el corazón de Dios, sois preciosos a sus ojos y, aunque os sintáis perdidos e indignos, no perdáis el corazón. Sois importantes para Dios, que quiere hacer maravillas en vosotros. También para vosotros una frase de la Biblia: «Dios es mayor que nuestra conciencia» (*Primera epístola de San Juan* 3, 20). Nunca os dejéis encerrar en la celda oscura de un corazón desesperado, no cedáis a la resignación. Dios es más grande que cualquier problema y está esperando que lo améis. Ponéos ante el Crucificado, ante la mirada de Jesús: ante Él, con sencillez, con sinceridad. De ahí, de la humildad valentía de los que no se mientan a sí mismos, renace la paz, renace la confianza de ser amados y florece de nuevo la fuerza para seguir adelante. Me imagino mirándoos y viendo en vuestros ojos desilusiones y frustraciones, mientras la esperanza late todavía en vuestro corazón, a menudo ligada a la memo-



Dios. De lo contrario, corremos el riesgo de autoabastecernos y de la presunta autosuficiencia. Adelante, porque con vuestra misión ofrecéis consuelo. Y es muy importante no dejar a los que se sienten solos.

También quisiera dedicaros una frase de la Escritura, que la gente murmuraba contra Jesús al verlo ir a la casa de Zaqueo, un publicano acusado de injusticias y robos: «Ha ido a hospedarse a casa de un pecador» (*Lucas* 19, 7). El Señor fue, no se detuvo ante los prejuicios de los que creen que el Evangelio está destinado a la "gente de bien". Por el contrario, el Evangelio pide que nos ensuciemos las manos. Adelante, pues, con Jesús y en el signo de Jesús, que os llama a ser sembradores pacientes de su palabra (cf. *Mateo* 13, 18-23), buscadores incansables de lo perdido, anunciadores de la certeza de que cada uno es precioso para Dios, pastores que ponen sobre sus frágiles hombros a las ovejas más débiles (cf. *Lucas* 15, 4-10). Adelante con generosidad y alegría: con vuestro ministerio consoláis el corazón de Dios.

ria de vuestros seres queridos. Valor, nunca sofoquéis la llama de la esperanza. Siempre mirando al horizonte del futuro: siempre hay un futuro de esperanza, siempre.

Queridos hermanos y hermanas, reavivar esta llama es el deber de todos. Corresponde a cada sociedad alimentarla, velar por que el castigo no comprometa el derecho a la esperanza, y por que se garanticen las perspectivas de reconciliación y reintegración. Al mismo tiempo que corregimos los errores del pasado, no podemos borrar la esperanza en el futuro. La cadena perpetua no es la solución a los problemas, sino un problema a resolver. Porque si se encierra la esperanza, no hay futuro para la sociedad. ¡Que nunca se prive del derecho de empezar de nuevo! Vosotros, queridos hermanos y hermanas, con vuestro trabajo y vuestro servicio sois testigos de este derecho: el derecho a la esperanza, el derecho a volver a empezar. Os reitero mi agradecimiento. Adelante, valor, con la bendición de Dios, guardando a los que os han sido confiados. Rezo por vosotros y también os pido que recéis por mí. Gracias.



Las homilias del Pontífice

Servicio y gratuidad

«**S**ervicio y «gratuidad» son las dos palabras clave en torno a las cuales el Papa Francisco construyó la meditación de la misa celebrada en Santa Marta en la mañana del martes 11 de junio. Estas son las características fundamentales que deben acompañar al cristiano «en el camino», dijo el Pontífice; a lo largo de ese camino. Es el «caminar» lo que debe caracterizar la vida, «porque un cristiano no puede quedarse quieto». La enseñanza se desprende directamente del Evangelio: es ahí donde encontramos, como nos enseña el pasaje de Mateo de la liturgia del día (10, 7-13), las indicaciones de Jesús para los apóstoles que iban a ser enviados. Una misión que, dijo el Papa, también es la de «los sucesores de los apóstoles» y de «cada uno de los cristianos que son enviados». Así que, en primer lugar, «la vida cristiana significa caminar, siempre. No os quedéis quietos». Y, ¿qué recomienda el Señor a los suyos en este camino? «Sanad a los enfermos, predicad que el reino de los cielos está cerca, resucitad a los muertos, purificad a los leprosos, expulsad a los demonios». Esto es, «una vida de servicio».

El primer elemento esencial que destacó el Pontífice fue el siguiente: «La vida cristiana consiste en servir». Y es muy triste, añadió, ver «a los cristianos que al principio de su conversión o de su conciencia de ser cristianos, sirven, están abiertos a servir, sirven al pueblo de Dios», y luego, en cambio, «acaban sirviéndose de él». Esto hace mucho daño, muchísimo, al pueblo de Dios. La vocación del cristiano es, por tanto, «servir» y nunca «aprovecharse». Continuando su reflexión, Francisco siguió un concepto que, subrayó, «nos lleva directamente al centro de la salvación: “habéis recibido gratuitamente, dad gratuitamente”. La vida cristiana es una vida de gratuidad». El hecho de que «la salvación no se compra; la salvación se nos da gratuitamente, se desprende claramente de la recomendación de Jesús a los apóstoles que iban a ser enviados. Dios nos ha salvado, nos salva gratis. Él no nos hace pagar». Es un principio, explicó el Papa, «que Dios ha empleado con nosotros» y que nosotros debemos aplicar «con los demás». Y es «una de las cosas más hermosas» saber «que el Señor tiene muchos dones para nosotros» y que al

hombre sólo se le pide una cosa: «que abra su corazón». Esto lo vemos en la oración del Padre Nuestro, cuando dice: «oremos, abramos nuestros corazones, para que llegue esta gratuidad. No hay relación con Dios sin gratuidad». Partiendo de esta piedra angular de la vida cristiana, el Pontífice subrayó la existencia de posibles malentendidos que pueden ser peligrosos. Así, dijo: «a veces, cuando necesitamos algo espiritual o una bendición, decimos: “Bueno, ahora ayunaré, haré penitencia, haré una novena...”». Todo esto está bien, pero «tengamos cuidado: no se trata de “pagar” por la bendición, de “comprar” la bendición; se trata de ensanchar el corazón para que ésta quepa». Que quede claro: «La bendición es gratis. Todos los bienes de Dios son gratuitos. El problema es que el corazón se encoge, se cierra y no es capaz de recibir tanto amor, tanto amor gratuito». Por eso «todo lo que hagamos para obtener algo, incluso una promesa (“Si consigo esto, haré lo otro”) debe ensanchar el corazón, y no entrar en negociaciones con Dios.... No, con Dios no se negocia». Con Dios vale «simplemente el lenguaje del amor, del Padre y de la gratuidad».

Y si esto vale para la relación con Dios, también vale para los cristianos: «Habéis recibido gratuitamente, dad gratuitamente»; y vale, especialmente, para los «pastores de la Iglesia», enfatizó Francisco. La gracia «no se vende», reiteró, y añadió: «Es tan doloroso cuando encuentras pastores que negocian con la gracia de Dios: “Esto cuesta tanto, y eso tanto, y tanto...”». Y la gracia de Dios se queda en eso, la salvación se convierte en un negocio». Todo esto, insistió vehementemente, «no es el Señor. La gracia del Señor es gratuita y hay que darla gratuitamente». Desgraciadamente, explicó, en la vida espiritual existe «siempre el peligro de descuidarnos y querer pagar, siempre, incluso cuando hablamos con el Señor, como si quisiéramos sobornarlo». Pero la relación con el Señor no puede seguir «ese camino».

Por consiguiente, el Pontífice reiteró que no valen las dinámicas del tipo: «Señor, si me ayudas en esto, te daré lo otro». Sí que vale eventualmente una promesa si con ella se abre el corazón «para recibir» lo que «es gratis para nosotros». Y «esta relación de gratuidad con Dios nos ayudará a tenerla con los demás, tanto en el testimonio como en el servicio cristiano y en la vida pastoral de los pastores del Pueblo de Dios».

«Caminar»: de esta manera resumió el Papa su razonamiento al final de la homilía. «La vida cristiana –dijo– es caminar. Predicar, servir, no “abusar”. Servid y dad gratis lo que habéis recibido gratis». Y concluyó: «Que nuestra vida de santidad sea eso: ensanchar el corazón, para que la gratuidad de Dios y los dones de Dios que están ahí, gratis, y que Él quiere regalarnos, lleguen a nuestro corazón».

Rezar por los políticos

Cuando se habla de política, ¿cuántas veces las únicas expresiones que se oyen son «adulaciones» o «insultos»? Esta parece ser la costumbre. ¿Y si en cambio consideramos la oportunidad, el sentido profundo, el deber de «orar por los gobernantes» y «por los políticos»? En la primera misa celebrada en Santa Marta después del descanso estival, en la mañana del lunes 16 de septiembre, el Papa Francisco siguió la pista de la liturgia de la Palabra para detenerse en un aspecto muy concreto de la vida cotidiana e invitó a estar cristianamente cerca, con la oración, de los llamados a trabajar en lo que Pablo VI consideraba «la más alta forma de caridad», la política.

El punto de partida para la reflexión del Papa fue el pasaje de la primera carta de Pablo a Timoteo (2, 1-8), en la que el apóstol «pide a todo el pueblo de Dios que ore». Ante todo es una «petición universal», genérica –«Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracia por todos los hombres»– a la que se añaden detalles: «por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible, con toda piedad y dignidad». Y concluye: «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar elevando hacia el cielo unas manos piadosas, sin ira ni discusiones».

Pablo, explicó el Papa, «acentúa un poco el ambiente de la persona creyente: la oración». Es una oración de intercesión en la que hay que tener en consideración un inciso: «por los reyes y por todos los constituidos en autoridad». Es, pues, una «oración por los gobernantes, por los políticos», por todos aquellos que dirigen una institución política o una administración nacional o local.

A este respecto, Francisco fotografió inmediatamente la realidad de la sociedad

actual: «A veces siento compasión por los gobernantes, porque lo que reciben son adulaciones de sus favoritos o insultos. E incluso los políticos son insultados». Es cierto, dijo, que a veces «alguien se lo merece», así como, añadió, algunos «sacerdotes y obispos» también «se lo merecen». Pero el hecho es que esta actitud aparece ahora como un «hábito»: este es el «rosario de insultos y palabrotas, de descalificaciones...» que acompaña a los políticos.

De ahí la pregunta que también suena como una provocación: ¿pero a aquel que tiene la responsabilidad del gobierno nacional o local «lo dejamos solo, sin pedirle a Dios que lo bendiga?»

La Escritura, en cambio, dijo el Pontífice, habla con claridad: orad «por los reyes y por todos los constituidos en autoridad». ¿Y por qué? «para que podamos vivir una vida tranquila y apacible, con toda piedad y dignidad». Así que: «Recen por cada uno de ellos, para que puedan llevar adelante una vida tranquila, apacible y digna en su pueblo».

Casi siempre se hace caso omiso de esta exhortación: «Estoy seguro —comentó el Papa— de que no hay oración por los gobernantes. Sí, se les insulta, sí, eso sí. Parece que la oración a los gobernantes es insultarlos porque “no me gusta lo que hacen”, porque “son corruptos”». Y, con respecto a ciertos hábitos, añadió una anotación ligada a la estricta actualidad: «Hace poco tiempo —y les hago una pregunta a todos ustedes, que son todos italianos— tuvimos una crisis gubernamental: ¿quién de nosotros rezó por los gobernantes? ¿Quién de nosotros rezó por los parlamentarios? ¿Para que puedan llegar a un acuerdo y sacar adelante al país? Parece que el espíritu patriótico no llega a la oración; pero sí a las descalificaciones, al odio, a las peleas, y así es como termina».

En cambio, el apóstol Pablo espera que «oren en todo lugar elevando hacia el cielo unas manos piadosas, sin ira ni discusiones». Y en esto aconseja a la propia política: «Hay que discutir y esta es la función de un parlamento, hay que discutir pero no aniquilar al otro; en efecto, hay que rezar por el otro, por el que tiene una opinión diferente a la mía».

He aquí, pues, la pregunta que debe implicar a todo cristiano: «Pensemos un poco en esto: ¿rezo por los gobernantes? ¿No, por ese no, porque es demasiado comunista!». —¿Pero rezas por ese? —¿No, ese no me gusta porque dicen que es corrupto!». —¿Rezas por su conversión?». Y la respuesta es clara: «La oración por los gobernantes es lo primero que debemos hacer, también por los políticos». Alguno, añadió Francisco, podría objetar: «¿iPero padre, la política es sucia!». Pero Pablo VI creía que era la forma más alta de caridad». Así, explicó el Pontífice, la política «puede ser tan sucia como puede ser sucia cada una de las profesiones, cada... Nosotros somos los que ensuciamos algo, pero no es la cosa en sí misma la que está sucia». Por lo tanto, «debemos convertirnos y orar por los políticos de todos los colores, ¡todos! Recen por los gobernantes».

El Papa añadió una nueva reflexión: «Mientras escuchaba la Palabra de Dios, me acordé de este hermoso hecho del Evangelio: la institutriz orando por uno de los suyos, este centurión orando por uno de los suyos». Significa, dijo, que «los gobernantes también deben rezar por su pueblo», así como aquel centurión rezaba «por un siervo, quizás por un esclavo» del que se sentía responsable. Y también «los gobernantes son responsables de la vida de un país». Por lo tanto, «es bue-

no pensar que si el pueblo reza por los gobernantes, los gobernantes también podrán rezar por el pueblo, como este centurión que reza por su siervo».

Francisco concluyó su homilía con una recomendación: «Hoy sería bueno que cada uno de nosotros hiciera un examen de conciencia: ¿qué pienso yo de la política?» Y añadió: «No pido» que «se discuta de política, más bien: «¿Rezas por los gobernantes, rezas por los políticos, para que puedan llevar a cabo su vocación con dignidad?»».

La compasión acto de justicia

Si «la compasión es el lenguaje de Dios», ¿cómo pueden los hombres volver su mirada hacia otro lado, permaneciendo indiferentes a los que son pobres, están solos, son frágiles? Es justamente una cuestión de «justicia», comentó el Papa Francisco haciéndose esta pregunta en la misa celebrada la mañana del martes 17 de septiembre en Santa Marta.

«En este pasaje del Evangelio de Lucas —señaló inmediatamente el Papa, refiriéndose al pasaje propuesto por la liturgia (7,11-17)— hay una palabra que se repite: compasión. El evangelista dice que Jesús “tuvo compasión” (Lucas 7,13)».

Justamente «la compasión —explicó el Papa— le hace ver la realidad última de ese momento: la acompañaba mucha gente, iban con él sus discípulos, estaba el cortejo fúnebre, la madre, el muerto... pe-

ción de los panes. Había una multitud que había seguido a Jesús todo el día, escuchando, tanta gente... el Evangelio habla de (cf. Mateo 15, 38 o Marcos 8, 9) cinco mil hombres sin contar mujeres y niños (cf. Mateo 14, 21). La oscuridad cae a última hora de la tarde y los discípulos se dirigen a Jesús y le dicen: “Pero Señor, esta gente está aquí desde esta mañana y nos siguen: que se marchen, para que vayan a los pueblos a comprar el pan y nosotros nos quedamos aquí tranquilos”. Esto no lo dicen pero lo sienten. Así: “que se marchen”». Sugieren prácticamente al Señor: «“Tenemos que terminar aquí”, los discípulos eran prudentes... La prudencia nos dice de dejar a esta gente. Creo que, en aquel momento, Jesús se enfadó en su corazón, de ahí la respuesta: “¡Dadles vosotros de comer! Tras un día así, ¿vosotros queréis que vayan a los pueblos a comprar el pan? ¡Hacedos cargo de esta gente!”».

En consecuencia, prosiguió Francisco, «el Señor, dice el Evangelio, tuvo compasión porque vio a tanta gente como ovejas sin pastor. De un lado, está el gesto de Jesús, siempre la compasión, y del otro lado, la actitud de los discípulos, egoísta. Estos últimos buscan una solución, pero sin concesiones. No se ensucian las manos. Podrían decir, haciéndose cargo de la gente: “Nosotros vamos”. No. Que vayan, que se las arreglen”. Y aquí, si la compasión es el lenguaje de Dios, muchas veces el lenguaje humano es la indiferencia. Asumir la carga hasta un punto y no pensar más allá: la indiferencia».

Misa en Santa Marta

ro Él vio la realidad, y la realidad era aquella mujer, despojada de todo porque había perdido a su único hijo y había quedado viuda». Así, relanzó Francisco, «había gente, había amigos que la acompañaban... pero el Señor ve la realidad: una madre sola. Sola hoy y hasta el final de la vida. La compasión te hace ver las realidades tal como son; la compasión es como la lente del corazón: realmente nos hace entender las dimensiones. Y en los Evangelios, Jesús se deja llevar tan a menudo por la compasión». El Papa puntualizó que «la compasión es también el lenguaje de Dios». En la Biblia, «fue Dios quien dijo a Moisés: “Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo” (Éxodo 3, 7); es la compasión de Dios la que envía a Moisés a salvar al pueblo». Porque «nuestro Dios es un Dios de compasión, y la compasión es, podemos decir, la debilidad de Dios, pero también su fuerza. Lo que mejor nos da: porque fue la compasión lo que le movió a enviarnos al Hijo. Es un lenguaje de Dios, la compasión».

«Luego —continuó Francisco— es cierto, la compasión no es un sentimiento de pena, es simple: eso es superficial». De hecho, «también cuando vemos morir un perro en la calle, pobrecito, sentimos un poco de pena». Pero «esto no es compasión. No es decir “triste que sucedan estas cosas”, no». Compasión «es involucrarse en los problemas de los demás, jugar a la vida allí. El Señor juega a la vida: va allí, porque es el lenguaje de Dios, la compasión». «Por el contrario no sucede lo mismo con los discípulos: no entendían» afirmó el Papa, proponiendo «otro pasaje de la Escritura, del Evangelio: la multiplica-

«Uno de nuestros fotógrafos de L'Osservatore Romano —recordó el Papa— sacó una foto, que ahora está en la Limosnería, que se llama “Indiferencia”. He hablado de ella en otras ocasiones. Una noche de invierno, ante un restaurante de lujo, una señora que vive en la calle le tiende la mano a otra que sale, bien abrigada, del restaurante, y esta señora mira a otro lado. Esto es la indiferencia. Id a ver esa fotografía: esto es la indiferencia. Nuestra indiferencia. Cuántas veces volvemos la mirada... Y así cerramos la puerta a la compasión». A propósito de esto propuso el Pontífice «un examen de conciencia: ¿Miro habitualmente a otra parte? ¿O dejo que el Espíritu Santo me lleve por la senda de la compasión? Que es una virtud de Dios...».

«Y al final —dijo entonces Francisco— hay una palabra que a mí me llegó cuando recé el Evangelio, hoy. Jesús le dice a la madre: “No llores”, una caricia de compasión; se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon. Y le dice al joven: “A ti te digo: Levántate”. El muerto se incorporó y se puso a hablar. ¿Y como termina? “y él se lo dio a su madre”. Lo dio: un acto de justicia. Esta palabra se usa en justicia: dar. La compasión nos lleva por el camino de la verdadera justicia. Debemos siempre devolver a los que tienen un cierto derecho, y esto siempre nos salva del egoísmo, de la indiferencia, de la clausura en nosotros mismos».

El Papa concluyó así su meditación: «Continuemos la Eucaristía de hoy con esta palabra: “El Señor tuvo compasión de ella”. Que Él también tenga compasión de cada uno de nosotros: la necesitamos».



El Papa continúa las catequisis sobre los Hechos de los Apóstoles

Los mártires no malvenden la fe

Queridos hermanos y hermanas,
¡buenos días!

Continuamos nuestra catequisis sobre los Hechos de los Apóstoles. Ante la prohibición de los judíos de enseñar en nombre de Cristo, Pedro y los Apóstoles responden con valentía que no pueden obedecer a los que quieren detener el camino del Evangelio en el mundo.

Los Doce muestran así que poseen esa «obediencia de fe» que desearán suscitar en todos los hombres (cf. *Romanos* 1, 5). A partir de Pentecostés, de hecho, ya no son hombres «solos». Experimentan esa sinergia especial que los hace descentrarse de sí mismos y les hace decir: «nosotros y también el Espíritu Santo» (*Hechos* 5, 32) o «el Espíritu Santo y nosotros» (*Hechos* 15, 28). Sienten que no pueden decir «yo» solo, son hombres descentrados de sí mismos. Fortalecidos por esta alianza, los Apóstoles no se dejan intimidar por nadie. Tenían un coraje impresionante. Pensamos que eran unos cobardes: todos huyeron, huyeron cuando Jesús fue arrestado. Pero, de cobardes se volvieron tan valientes. ¿Por qué? Porque el Espíritu Santo estaba con ellos. Lo mismo nos pasa a nosotros: si tenemos al Espíritu Santo dentro de nosotros, tendremos el valor de seguir adelante, el valor de ganar tantas luchas, no por nosotros mismos sino por el Espíritu que está con nosotros. No se retiran a su marcha como intrépidos testigos de Jesús Resucitado, como los mártires de todos los tiempos, incluido el nuestro. Mártires, dan su vida, no se esconden siendo cristianos. Pensemos, algunos hace unos años —incluso hoy hay muchos—, pero pensemos en esos cristianos coptos ortodoxos, verdaderos trabajadores, en la playa de Libia, que hace cuatro años todos fueron masacrados. Pero la última palabra que dijeron fue «Jesús, Jesús». No habían vendido la fe, porque el Espíritu Santo estaba con ellos. ¡Estos son los mártires de hoy! Los Apóstoles son los «megafonos» del Espíritu Santo, enviados por el Resucitado para difundir con prontitud y sin vacilación la Palabra que da la salvación.

Y, de hecho, esta determinación hace temblar el «sistema religioso»

judío, que se siente amenazado y responde con violencia y sentencias de muerte. La persecución de los cristianos es siempre la misma: las personas que no quieren el cristianismo se sienten amenazadas y así conducen a los cristianos a la muerte. Pero, en medio del sanedrín, se eleva la voz divergente de un fariseo que decide frenar la reacción de su propio pueblo: se llamaba Gamaliel, un hombre prudente, «doctor de la Ley, con prestigio ante todo el pueblo». En su escuela San Pablo aprendió a observar «la Ley de nuestros Padres» (cf. *Hechos* 22, 3). Gamaliel toma la palabra y muestra a sus hermanos cómo ejercitar el arte del discernimiento frente a situacio-



nes que van más allá de los patrones habituales. Demuestra, citando a algunos personajes que se habían hecho pasar por el Mesías, que todo proyecto humano puede primero ser aprobado y luego naufragar, mientras que todo lo que viene de lo alto y lleva la «firma» de Dios está destinado a perdurar. Los proyectos humanos siempre fracasan; tienen un tiempo, como nosotros. Piensen en tantos proyectos políticos, y en cómo cambian de un lado a otro, en todos los países. Piensen en los grandes imperios, piensen en las dictaduras del siglo pasado: se sentían muy poderosos, pensaban que esta-

ban dominando el mundo. Y luego todos se derrumbaron. Pensad también hoy en los imperios de hoy: se derrumbarán, si Dios no está con ellos, porque la fuerza que los hombres tienen en sí mismos no es duradera. Sólo la fuerza de Dios perdura. Pensemos en la historia de los cristianos, también en la historia de la Iglesia, con tantos pecados, con tantos escándalos, con tantas cosas malas en estos dos milenios. ¿Y por qué no se ha derrumbado? Porque Dios está ahí. Somos pecadores, y a menudo también damos lugar a escándalos. Pero Dios está con nosotros. Y Dios primero nos salva a nosotros, y luego a ellos; pero siempre salva, el Señor. La fuerza es «Dios

Los mártires «dan la vida, no esconder que son cristianos» y no malvenden la fe. Lo subrayó el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles 18 de septiembre, en la plaza de San Pedro. Continuando el ciclo de catequisis sobre los Hechos de los Apóstoles, el Pontífice dedicó su reflexión al pasaje (5, 34-35; 38-39) en el que el sabio Gamaliel toma la palabra en el sanedrín.

tiano desde una nueva perspectiva y nos ofrecen criterios que «conocen el Evangelio» porque nos invitan a reconocer el árbol por sus frutos (cf. *Mateo* 7, 16). Tocan los corazones y logran el efecto deseado: los demás miembros del sanedrín siguen su consejo y renuncian a las pretensiones de muerte, es decir, a matar a los Apóstoles.

Pidamos al Espíritu Santo que actúe en nosotros para que, tanto personalmente como en comunidad, podamos adquirir el hábito del discernimiento. Pidámosle que sepamos ver siempre la unidad de la historia de la salvación a través de los signos del paso de Dios en nuestro tiempo y en los rostros de los que nos rodean, para que aprendamos que el tiempo y los rostros humanos son mensajeros del Dios vivo.

El Papa pidió rezar por los enfermos de Alzheimer, «a menudo víctimas de violencia, maltratos y abusos que pisotean la dignidad». Lo hizo al finalizar la audiencia general, recordando que el próximo 21 de septiembre se celebra el vigésimo sexto Día mundial instituido en 1994 para sensibilizar a la opinión pública sobre una patología que afecta hoy a 47 millones de personas en el mundo.

El próximo 21 de septiembre es el Día mundial del Alzheimer, una enfermedad que afecta a muchos hombres y mujeres que, debido a esta enfermedad, son a menudo víctimas de violencia, abuso y maltrato que pisotea su dignidad. Recemos por la conversión de los corazones y por los afectados por el Alzheimer, por sus familias y por quienes los cuidan con amor. También amplió la oración a la memoria de los enfermos de cáncer, para que ellos también puedan ser apoyados cada vez más, tanto en la prevención como en el tratamiento de esta enfermedad.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. En particular saludo al Pontificio Colegio Mexicano en Roma, y a los sacerdotes de la Arquidiócesis de Guadalajara, que celebran su 25º aniversario de sacerdocio. Pidamos al Espíritu Santo que nos ayude a saber descubrir a Dios en los acontecimientos y en las personas que nos rodean. Que Dios los bendiga.

El próximo sábado es la fiesta de San Mateo, apóstol y evangelista. Imitad su voluntad de seguir a Jesús con prontitud. ¡Estaba atado al dinero y vendió su patria por dinero! El Señor lo llamó y dejó todo el dinero para seguir a Jesús.

Que su conversión sea un ejemplo para todos, para que como él vivamos como verdaderos discípulos del Señor, capaces de abandonar los esquemas del mundo.